

¿QUE ES LO QUE ESTA FALLANDO CON LA PREDICACION HOY EN DIA?

Un análisis crítico de la predicación contemporánea

Albert N. Martin



*Iglesia Bautista de la Gracia*_{AR}

INDEPENDIENTE Y PARTICULAR

Calle Alamos No.351

Colonia Ampliación Vicente Villada

CD. Netzahualcóyotl, Estado de México

CP 57710

Telefono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...

¿QUÉ ES LO ESTÁ MAL CON LA PREDICACIÓN HOY EN DÍA?

Albert N. Martin

Pastor de la Iglesia Bautista Trinitaria, Essex Falls, New Jersey, U.S.A.

(Este discurso fue dado originalmente en la conferencia para ministros de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa, en el Seminario Teológico de Westminster, USA, en Septiembre de 1967.)

Lamento la manera negativa en que este tema ha sido tratado. Pienso que la mayoría de nosotros tiene suficiente sentido común para razonar acerca del tema por sí mismo, y por lo tanto, concluir que este será un intento de exponer las debilidades en nuestro propio ministerio. Yo hubiera deseado que el título fuera un poco más positivo. Quizás hubiera sido más adecuado ‘Consejos para mejorar la predicación contemporánea’. Sin embargo, este es el tema que me ha sido asignado, así que, procederé a investigarlo dentro de su propio marco. A manera de introducción, déjeme decir algo acerca de las fuentes de mi observación. Uno tendría que ser omnisciente para ser capaz de hacer pronunciamientos finales y absolutamente precisos, acerca de lo que está fallando con la predicación de hoy en día. Esto también demandaría que uno hubiera estado expuesto a toda predicación, que hubiera sido investido con dones infalibles de análisis, y que con base en ello, hiciera pomposos y oficiales pronunciamientos. Obviamente, no estoy reclamando ninguna de estas cosas. Por lo tanto, aunque las fuentes de mi información pueden ser más que limitadas, confío en que las observaciones hechas serán, no obstante, válidas. Ha sido un privilegio para mí ocupar cinco años de mi llamamiento en un ministerio itinerante de tiempo completo, tiempo durante el cual expuse a grandes secciones del espectro de vida evangélica en los Estados Unidos y Canadá. Durante los siguientes seis años como pastor, he ministrado en un gran número de iglesias y conferencias de varias denominaciones. La base para mis comentarios son las cosas que he visto y oído en estos respectivos ministerios. Debo también decir algo acerca del estándar de comparación. Una cosa es juzgada como buena o mala, en los términos de su aproximación a un estándar absoluto. Por supuesto, en la esfera de lo que es bueno o eficaz en la predicación, no hay un estándar comprensivo y único. No obstante, creo que podemos tomar de las Escrituras un estándar preciso de lo que es una buena predicación, a través de examinar la predicación de los profetas, de los apóstoles y de nuestro Señor Jesucristo. Otra base de comparación puede ser encontrada en la vida, ministerio y sermones de los grandes predicadores de las épocas pasadas. Cuando uso el término ‘grandes predicadores’, no estoy hablando de los hombres que son reconocidos principalmente por su habilidad para embellecer la verdad de Dios con grandes efectos retóricos; o de hombres que son reconocidos por su habilidad en el arte de la elocuencia. Más que eso, estoy pensando en hombres que fueron instrumentos de Dios para conmover a otros en discipulado a Dios. En esta categoría yo pondría a hombres tales como Whitefield, McCheyne, Spurgeon, Edwards, Baxter y Bunyan. A través de usar sus sermones y el efecto de sus ministerios como un estándar básico, espero que seremos capaces de hacer algunas comparaciones válidas entre sus ministerios y los ministerios de hoy en día; y de éste modo, podamos ver la gran escasez de buena predicación en nuestros días, así como descubrir algunas de las causas de esta deplorable situación.

Entonces ¿Cómo abordaremos este enorme propósito? Yo sugiero que todas las fallas en la predicación de hoy en día son básicamente una de las dos siguientes: El hombre que predica o el mensaje que él entrega. No podemos atrevernos a separar estas dos cosas; el hombre y el mensaje, porque hay una unidad profunda en la obra de la predicación entre el hombre y el mensaje. Consideraremos lo que está fallando con la predicación hoy en día primeramente, en los términos del hombre que predica, y luego, en los términos del mensaje que se comunica.

EL HOMBRE QUE PREDICA

Vamos a considerar juntos este asunto, ¿Qué es lo que está fallando en la predicación, en los términos del hombre que predica? Estableceré primero un principio tomado de las Escrituras y luego lo aplicaré en varias áreas específicas. El principio es éste: A menos que degrademos la predicación al mero arte de la elocuencia, nunca debemos olvidar que el terreno en donde la predicación poderosa crece, es la propia vida del predicador. Eso es lo que hace diferente la predicación, de cualquier otro arte de la comunicación. Una actriz muy reconocida puede ser famosa por su vida moral escandalosa. Ella podría vivir como una ramera común. Y aún así, ella puede entrar al teatro cada miércoles por la noche a las 20:00 hrs., y actuar en el papel de Juana de Arco en una manera tal, que llevara a toda a la audiencia hasta las lágrimas. La manera en que ella vive puede no tener una relación directa con el ejercicio de su arte profesional. Un actor, igualmente libertino en su vida personal, puede caminar sobre el mismo escenario y actuar el papel de Martín Lutero en una manera tal, que escalofríos recorrieran nuestra espina dorsal y saliéramos determinados a ser mejores hombres y mejores predicadores. Sin embargo, otra vez, puede no haber una relación directa entre como vivió el actor antes de subir al escenario, y su actuación subsecuente.

Es rápidamente admitido que las Escrituras enseñan, que hay tiempos cuando aparecen en escena hombres que tienen grandes dotes ministeriales, pero que están desprovistos de la gracia santificante (Vea Mat.7:21-23). La historia de la iglesia también registra los hechos de hombres quienes, en la soberanía de Dios, fueron usados en el ejercicio de dones ministeriales, y finalmente se manifestó que estaban desprovistos de gracia santificante. No obstante, yo creo que este problema particular de decepción, puede aplicarse primariamente en todos aquellos hombres involucrados en esa clase de ministerio donde ellos no viven entre sus oyentes el tiempo suficiente como para su ministerio se vea afectado debido a las fallas en su vida personal. Por lo tanto, limitando este principio al contexto de la predicación pastoral, yo creo que es una regla válida (con algunas pocas excepciones), que la predicación poderosa está enraizada en la tierra de la vida del predicador. Se ha dicho que: ‘La vida del ministro es la vida de su ministerio’. Si la predicación es la comunicación de la verdad a través de instrumentos humanos, entonces, la verdad particular comunicada de este manera puede ser aumentada o disminuida en sus efectos, por la forma de vida a través de quien ella viene. El secreto del poder de la predicación de Whitefield, McCheyne y de otros hombres que ya he mencionado, se encuentra principalmente, no en el contenido de sus sermones o en la manera en que ellos lo predicaban. Más que en eso, el secreto se encontraba en sus vidas. Sus vidas estaban llenas de poder, ellos vivían en tal comunión con Dios, que la verdad vino a ser un principio viviente cuando fue predicada por tales vasijas. Sus vidas ungidas fueron la tierra donde creció su ministerio ungido. Este principio es particularmente verdadero en la vida de un pastor residente. La mayoría de ustedes y yo somos conocidos por nuestra gente, nuestra influencia crecerá o disminuirá de acuerdo con el tenor de nuestras vidas.

A fin de ilustrar este principio con la Palabra de Dios, permítame sugerirle varios pasajes para su consideración, no a la manera de una exégesis detallada, sino tomando la idea predominante en el pasaje. Escribiendo a la iglesia de Tesalónica, la cual él fue privilegiado en fundar a través de su ministerio entre ellos, Pablo dice: “Sabiedo, hermanos amados de Dios, vuestra elección: Por cuanto nuestro evangelio no fue a vosotros en palabra solamente, más también en potencia, y en Espíritu Santo, y en gran plenitud; como sabéis cuales fuimos entre vosotros por amor de vosotros” (1Tes.1:4-5). El establece que hubo una relación directa entre el evangelio viniendo en poder, y en el Espíritu Santo, y en gran plenitud, y la clase de hombre que lo predicó. Encontrará el mismo pensamiento desarrollado en el capítulo dos de la misma carta, donde Pablo dice en el versículo 10: “Vosotros sois testigos, y Dios, de cuán santa y justa e irrepreensiblemente nos condujimos con vosotros que creísteis”. Luego en el versículo 13 él dice: “Por lo cual, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, que habiendo oído la palabra de Dios que oísteis de nosotros, recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, el cual obra en vosotros los que

creísteis”. Hay una relación vital entre estas dos cosas. Por un lado, él dice ustedes saben cómo nos conducimos, y por otro, nosotros sabemos cómo recibieron la palabra. Estas dos cosas no pueden estar aisladas. Pablo y sus compañeros permanecieron viviendo entre ellos con el poder de la palabra de Dios incorporado en sus vidas, de este modo, cuando ellos predicaron, la Palabra vino con autoridad a sus oyentes. Note que el apóstol no limita el uso del testimonio a la manera de vivir, sino que lo relaciona con la validez de su ministerio de predicación.

En Tito 2 hay algunas instrucciones detalladas acerca de lo que Tito debería predicar y enseñar. Pablo le mandó en el versículo 7 “Mostrándote en todo por ejemplo de buenas obras”. En otras palabras, nosotros como ministros de Dios no solamente hemos de proclamar rectamente las cosas por precepto, sino que debemos encarnar estas mismas cosas con un ejemplo recto. Entonces, por supuesto, está ese pasaje clásico en 1 Tim.4:16: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello; pues haciendo esto, a ti mismo salvarás y a los que te oyeren”. En esencia, Pablo está diciendo: “Timoteo, el descuido de tu propia vida personal resultará, en alguna medida, en el descuido de tu responsabilidad de las almas sobre quienes el Espíritu Santo te ha puesto por pastor. Fallar en tener cuidado de ti mismo, en alguna medida resultará en fallas para ver el propósito salvador de Dios, forjándose en el corazón de aquellos a quienes tú ministras”. He hecho estos comentarios como uno que cree sin reservas en la postura de Pablo, tocante a la inmutabilidad del consejo de Dios y la certeza de la salvación de todos sus elegidos. No obstante, no debemos quitar de este pasaje en 1 Timoteo, sus obvias implicaciones; que Timoteo no podría ser el instrumento de Dios que él debería ser, a menos que tuviera cuidado de sí mismo y luego, de su enseñanza.

Es interesante que, en consideración a la enseñanza principal como se señala más adelante en 1 Tim.3:1 y en Ti.1:6; el primer requisito para todo aquel que aspira al ministerio, no es doctrinal, sino experimental. “Si alguno apetece obispado, buena obra desea. Conviene, pues, que el obispo sea...” Y ¿Cuál es la primera palabra? “irreprensible”. El aspirante debe ser un hombre conocido por su piedad consistente y práctica. En el pasaje que se encuentra en Tito, la última parte habla de uno de los requisitos como “retenedor de la Palabra fiel” (vers. 9). No obstante, el primer requisito señalado se encuentra en la esfera de la vida del ministro. ¿Porqué? Por la simple razón de que Pablo vivió y ministró bajo esta misma convicción, que la vida del ministro, era la vida misma del ministerio. Yo creo que estos pasajes son suficientes para enunciar el principio, aunque muchos más podrían ser citados para establecer este punto en particular. No me sorprende que la predicación haya caído en días malos, cuando las prioridades para esta obra ministerial han sido echados a un lado. En los concilios de ordenación, los hombres son interrogados por horas en minuciosos puntos teológicos, en un intento por descubrir sus habilidades para refutar herejías; mientras que, rara vez alguno es cuestionado en relación con sus avances en la piedad personal y familiar; factores que el apóstol Pablo colocó en primer lugar en la lista de requisitos para el ministerio.

VIDA DEVOCIONAL PERSONAL

Por la observación personal de mi propia debilidad y la debilidad de mis hermanos en el ministerio, me veo forzado a concluir que la predicación de hoy en día es muy defectuosa debido a que fallamos en velar en varias áreas. En primer lugar, el área de nuestra vida personal de devoción. Al principio dije que algunas de estas conclusiones, fueron basadas en mis observaciones hechas mientras iba de iglesia en iglesia, como un ministro itinerante. Uno de los descubrimientos más inquietantes hechos durante este tiempo, fue el hecho de que muy pocos ministros tienen hábitos devocionales personales y sistemáticos. Yo hice esto una práctica, reunirme con el pastor anfitrión para orar y compartir áreas de preocupación comunes. Cuando finalmente pudimos quitarnos la maldita fachada del profesionalismo, y comenzamos a ser honestos con el Señor y entre nosotros; y confesamos nuestros pecados uno al otro y oramos uno por otro; entonces la confesión sacó a la luz una y otra vez, que la Palabra de Dios había cesado de ser un Libro Viviente de compañerismo devocional con Cristo, para convertirse en el manual oficial para la administración de deberes profesionales. ¿Resulta sorprendente que el ministerio de tales hombres sea marcado por un desequilibrio doctrinal? ¿Re-

sulta sorprendente que haya frialdad en sus corazones? ¿Resulta sorprendente que haya muy poca cercanía y aplicación penetrante de las Escrituras, cuando la gran mayoría de predicadores contemporáneos admiten que ellos no se exponen sistemáticamente a sí mismos la Palabra de Dios, con el fin de ser personalmente iluminados y santificados? En II de Timoteo 3, un capítulo al cual nos referimos frecuentemente cuando estamos demostrando la verdad de la inspiración y la autoridad de las Escrituras, hay una palabra dicha a nosotros como siervos de Dios, que es muy penetrante. El apóstol Pablo dice a Timoteo en el versículo 15, “que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras”. Y esta es su primera función, “las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe que es en Cristo Jesús”. Ellas le han conducido a usted a la fe en Cristo Jesús y a la salvación que está en El. Pero, Timoteo, esta no es la única función de las Escrituras. Toda Escritura es inspirada divinamente y es útil para enseñar (doctrina), para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra. Note que él explícitamente establece que las Escrituras inspiradas, son para el perfeccionamiento y maduración del Hombre de Dios. En otras palabras, la totalidad de la revelación divina debería tener, como su función principal en la vida de los siervos de Dios, un impacto sobre su propia santificación personal.

Ningún predicador está equipado para predicar, simplemente por tener un don para analizar un texto y poseer la capacidad para explicarlo con su boca. Si la palabra que el pudiera predicar a otros, no ha sido primeramente un instrumento para su propio endoctrinamiento y desarrollo de su santificación; entonces él no está listo para declararla a otros. Esta es la función de la Palabra de Dios en la vida del predicador, y esta función debe ser siempre primaria. Como predicadores, usted y yo somos primero que todo creyentes y en segundo lugar, ministros cristianos. Y este orden nunca debe ser revertido. Usted y yo debemos hacer caso de nosotros mismos, y entonces, y solo hasta entonces, de nuestra doctrina. Nosotros estamos para salvarnos primeramente a nosotros mismos, antes que todo, y luego a todos aquellos que nos oyen. Jeremías declaró: “Halláronse tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer.15:16). Es triste, que nosotros debemos hacer frecuentemente esta confesión: “halláronse tus palabras y yo las examine, y tus palabras fueron en mí, la forma y sustancia del sermón en mi mente”. En contraste, el profeta llorón podía decir, “Halláronse tus palabras y yo las asimilé personalmente para mí mismo, y experimenté su estimulante poder en mi propia vida”. Esto es precisamente lo que Pablo está diciendo a Timoteo: “Deja que la palabra te enseñe. Obtén tu instrucción doctrinal sobre tus rodillas y con las Escrituras abiertas. Solamente así los principios de la verdad vendrán a ser, no meramente proposiciones frías que descansan en la superficie de tu mente, sino verdades vivientes de las cuales estés consciente y quemen las fibras interiores de tu corazón. Deja que la palabra te enseñe Timoteo. Deja que ella te repruebe. Deja que ella te discipline y te corrija. Deja que ella te instruya en el camino de la santidad, para que puedas estar completamente equipado para toda buena obra”. Mi propio corazón es golpeado una y otra vez cuando pienso en las palabras de nuestro Señor a los efesios, que se encuentran en el capítulo dos de Apocalipsis. El da, primero que todo, una palabra de elogio a ellos. El habla de su corrección doctrinal y de su fidelidad en la administración de la disciplina. Pero, enseguida de este elogio, El dice: “Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepíentete, y has las primeras obras; pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Apo.2:4-5).

En cuanto al entendimiento de la doctrina estaban bien, sus manos estaban ocupadas en el servicio, pero sus corazones se habían vuelto fríos en sus afectos. El Señor Jesús les dijo a ellos, que ciertamente mantener una doctrina correcta en sus mentes, así como el sufrimiento y el trabajo por su nombre eran necesarios para un testimonio efectivo, pero mantener un corazón ardiente y amante, era también una indispensable necesidad. Nada defectuoso había sido encontrado en la mente o en las obras; el defecto estaba en el corazón, y el Señor Jesús habló sobre este asunto y le dijo: ‘A menos que esto sea corregido, Yo vendré y quitaré el candelero de su lugar’. A la luz de esta porción de la Palabra de Dios, puede ser vista claramente, la indispensable necesidad de mantener una vida personal de devoción por parte de cada ministro. Dios ha ordenado que por este medio, nosotros podamos guardar un constante cultivo de nuestros corazones. La

Palabra de Dios debe ser primeramente para nosotros, un libro el cual disfrutamos, debido a que allí podemos ver el rostro del Dios que nos ama, y que nos ha reconciliado consigo mismo a través de Cristo Jesús. Deberíamos leer sus páginas detenidamente y con gran entusiasmo, porque anhelamos conocer Su voluntad, y porque deseamos ser adoradores de Su persona. Deberíamos ser hallados frecuente y largamente escudriñando las páginas de las Santas Escrituras, porque anhelamos servirle; y porque deseamos de todo corazón, en todo lo que hacemos, ser moldeados por la Palabra viviente del Dios viviente.

LA ORACION SECRETA

La predicación ha caído en un mal tiempo, no solo debido a la falla de los ministros en la aplicación personal de la Palabra de Dios a sus propios corazones, sino también a la falla en el asunto de la oración secreta. En el libro de “Discursos a mis estudiantes”, un libro el cual trato de leer periódicamente, Spurgeon dice:

‘Apenas me parece necesario recomendarles los gratos usos de la oración privada, y sin embargo, no puedo dejar de hacerlo. Para vosotros, como embajadores de Dios, el trono de la gracia tiene una virtud inestimable, mientras más estéis familiarizados con la corte celestial, mejor desempeñaréis vuestra misión celestial. Entre todas las influencias formativas que tienden a hacer a un hombre favorecido de Dios en el ministerio, no conozco ninguna más eficaz que su familiaridad con el trono de la gracia. Todo lo que un curso de estudios en el colegio puede hacer por un estudiante, es vano y externo comparado con el espiritual y delicado refinamiento obtenido a través de la comunión con Dios. Mientras el ministro está dando vueltas a la rueda de la preparación, la oración es el instrumento del gran alfarero, por medio de la cual El moldea la vasija.

Todas nuestras bibliotecas y estudios son vanos, en comparación con nuestra atención a la oración secreta. Es allí donde crecemos, donde nos hacemos fuertes y donde prevalecemos, en la oración secreta’. ‘La oración os auxiliará de un modo singular en la predicación de vuestro sermón; ninguna otra cosa puede ponerlos tan gloriosamente en aptitud de predicar, como el hecho de acabar de descender fresco del monte de la comunión con Dios, para hablar con los hombres. Nadie está tan preparado para hablar a los hombres, como quien ha estado luchando con Dios en favor de ellos. De Joseph Alleine se dice que: “Derramaba su corazón en la oración y en la predicación. Sus súplicas y exhortaciones eran tan amorosas, tan llenas de santo celo, de vida y de vigor, que sus oyentes eran completamente vencidos por ellas. Se enternecía tanto por ellos, que deshela, ablandaba y a veces derretía los corazones más endurecidos”. De acuerdo con el pensamiento humanista, la oración no podrá haceros más elocuentes, pero os hará verdaderamente elocuentes, porque hablaréis desde el corazón. Y ¿Acaso no es este el verdadero significado de la palabra elocuencia? La oración hará descender fuego del cielo sobre vuestros sacrificios, haciéndolos de este modo aceptables al Señor’. “Así como durante la preparación del sermón con frecuencia brotan de abundantes pensamientos, en respuesta a nuestras oraciones, así también pasará durante la predicación. Muchos de los predicadores que dependen continuamente del Espíritu de Dios, os dirán que sus mejores y más vivos pensamientos, no son los que fueron premeditados, sino los venían a ellos como traídos por alas de ángeles; eran como tesoros inesperados traídos repentinamente por manos celestiales, eran como semillas de las flores del paraíso arrastradas por el viento, provenientes de los montes de mirra”. Cuando esta radiación divina viene sobre los siervos de Dios, todas sus facultades mentales son aumentadas, su poder de expresión y su capacidad de sentir la verdad de Dios son incrementados más allá de su capacidad natural. Cuando es vestido por el Espíritu se convierte en otro hombre. El Espíritu, en una manera que resulta un misterio para nosotros, es derramado en respuesta a la oración. La promesa de nuestro Señor nunca ha sido negada: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc.11:13). Como Pablo declara en Filipenses: “Porque se que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación”. Es en el

contexto de la oración secreta que las verdades eternas, a las cuales damos constante asentimiento mental, se convierten en realidades vivientes. Encuentro que a menudo, (y esto es a la vez una confesión y una exhortación) mis propias palabras me redarguyen y me ridiculizan cuando predico, y puedo decir la palabra “infierno” y al mismo tiempo no sentir el horror de este lugar; cuando puedo hablar del cielo y no ser calentado por sus rayos santos, toda vez que ese es el lugar que mi Señor Jesucristo está preparando para mí. Veo que no hay respuesta para este problema, sino el meditar largamente sobre los pasajes que hablan de estas realidades espirituales, y pedir a Dios el Espíritu Santo que haga que ellas ardan dentro de mi corazón. Ruego a Dios que haga real para mí, el hecho de que muchas de las personas que veo a mi alrededor, podrían oír estas terribles palabras: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno” (Mat.25:41).

Encuentro que debo rogar a Dios que haga real para mí, el hecho de que muchas de las gentes cuyas voces me dicen: “Gracias pastor por su sermón”; pueden ser las mismas que un día, en forma totalmente diferente, estarán llorando y gimiendo en la condenación. Debo pedir a Dios que me ayude a creer estas cosas, que me ayude a predicarlas de tal manera, que otros conozcan que yo verdaderamente creo en ellas. La verdad que quemó e impactó el día domingo, puede ser hielo frío para el lunes. La verdad que quemó e impactó en la preparación del sábado, puede estar sin vida para el domingo. La verdad recibida en el crisol, mientras esperamos en Dios, solo puede ser mantenida con su calor, cuando es entregada en el mismo contexto. Si yo leo correctamente las biografías de los grandes hombres de Dios, encuentro que este fue su unánime testimonio. Todos están de acuerdo en declarar que, si hubo algún secreto en sus ministerios, el secreto fue este; fue el hombre. El hombre cultivando su vida interior en la presencia de Dios. Por lo tanto, yo pongo a su consideración esta propuesta que hemos considerado, acerca de lo que está mal en la predicación de hoy en día, y que es la raíz del problema. ¿Cómo podrían jamás los hombres enseñar algunas de las cosas que enseñan en el nombre de la ortodoxia, si ellos estuvieran sobre sus rodillas escudriñando las Escrituras? No, ellos no se han puesto de rodillas a escudriñar las Escrituras; y por lo tanto, ellos simplemente parlotean lo que sus contemporáneos han dicho. ¿Cómo podemos nosotros, quienes decimos creer en las doctrinas bíblicas, hablar de ellas en una manera tan superficial, si estamos recibiendo estas verdades de Dios, en el contexto de una comunión viva con El? Hablaremos de ellas con el brillo y el fuego celestial sobre nuestras almas, si estamos recibéndolas en el fulgor y la santidad de Su presencia. Por lo tanto, el problema de la predicación hoy en día, está en el hombre que predica; especialmente en el área de su vida de devoción personal.

PIEDAD PRACTICA

Otra área de falla en el hombre es ésta de la piedad práctica. El ministerio de muchas iglesias está siendo terriblemente estorbado por la ausencia de la piedad práctica en los ministros. Es significativo que en 1Timoteo 3, habiendo mencionado que el hombre debe ser irreprochable, Pablo se mueve inmediatamente a otra área específica del líder potencial, su vida doméstica. “El que fuere irreprochable, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía. Pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿Cómo cuidará de la iglesia de Dios?” (1Tim.3:2; Ti.1:6; 1Tim.3:5). Y yo digo, no con censura, sino con verdadera preocupación, que el ministerio de muchos pulpitos está siendo negado, debido a la falta de piedad práctica en la vida doméstica. Recientemente, esta situación captó mi atención cuando se le pidió a un ministro que renunciara a su iglesia, debido a la lengua incontrolable de su esposa. El problema no fue en esencia el mensaje del hombre o su ministerio; sino la falla en el gobierno de su propio hogar, y en la sujeción de su esposa con respecto a su lengua chismosa. ¿Cómo pueden los ministros atreverse a llamar a otros a ser obedientes a la Palabra de Dios, si ellos son descaradamente desobedientes en este asunto? Dios dice claramente que, para calificar en la posición de obispos, nuestros hogares deben estar bien gobernados. Esto no quiere decir que ellos deben ser perfectos en este gobierno; esto no quiere decir que tengamos el poder para infundir gracia en las almas de nuestros hijos. Pero, si nosotros no tenemos princi-

pios claros, y nuestras propias vidas no son lo suficientemente relevantes, por su ejemplo piadoso para gobernar nuestros hogares, ¿Cómo podremos gobernar la Casa de Dios? Este es el punto vital. Es mi convicción personal que, si un hombre falla en cumplir con estos requisitos, no tiene más derecho a permanecer en el ministerio, que el que tuviera si fallase en cumplir cualquiera de los otros requisitos. No estoy juzgando casos individuales, porque ésta es la obra de Dios; pero, ciertamente no puede ser de Dios que en una iglesia tras otra, haya púlpitos carentes de poder, debido a la vida piadosa de pacotilla del ministro, particularmente en los asuntos domésticos. Otra área de la piedad práctica que contiene un peligro peculiar para el ministro, es el de su lenguaje no profesional. Un querido siervo de Dios me dijo una vez: ‘No puedes ser un payaso y un profeta al mismo tiempo. Tienes que hacer una elección’. Espero haber hecho la elección correcta. Esto no significa que dejemos de ser verdaderamente humanos y que sintamos que hay algo pecaminoso en la capacidad natural de reír, y en el estímulo natural que viene de una risa sana. Pero, cualquier esfuerzo especial para ser un “bromista” en nuestra congregación, debe ser eliminado. La transición de un payaso a un profeta, es una metamorfosis muy difícil. Si la seriedad en el contacto normal con nuestra gente no es una marca de nuestras vidas, y me refiero no la sobriedad fingida sino la verdadera seriedad; no esperemos entonces que cuando subamos al púlpito, inmediatamente ocurrirá alguna clase de proceso mágico, que causará que ellos se sienten y tiemblen ante la Palabra de Dios. Ellos pensarán que no somos más que actores. Si ellos nunca nos ven considerar los asuntos de la eternidad seriamente, en su presencia y en una circunstancia “no profesional” (fuera del púlpito); difícilmente les veremos afectados por la sobriedad de estos asuntos cuando se los comuniquemos ministerialmente. Hermanos, el problema con nuestra predicación es nuestra vida de pacotilla en la esfera de la piedad práctica, lo cual queda manifiesto en nuestra vida doméstica y en nuestro discurso.

Permítanme mencionar otra área de la piedad práctica, que es el uso de nuestro tiempo. Si usted da ocasión para que su gente piense de usted como un perezoso, aunque usted pueda tener reuniones de oración durante toda la noche, para suplicar por el poder de la predicación, esto no será experimentado. Si usted da motivos para que su gente piense de usted como un perezoso, entonces el respeto que es una parte del poder del púlpito, se acabará. A la luz del hecho de que no tenemos que checar una tarjeta de entrada y salida, entonces tenemos que ser hombres de una gran disciplina personal. Quizás haríamos bien en hacer nuestro propio control personal, y guardar un record de cuánto tiempo hemos ocupado en: “la oración y el ministerio de la palabra” (Hech.6:4). También nos hemos vuelto muy hábiles en el impío arte de ‘desperdiciar mucho tiempo’. Podría describir este arte, como la capacidad de estar ocupados en asuntos no esenciales y trivialidades, en una manera que nos engañamos a nosotros mismos y a nuestra gente, pensando que estamos muy ocupados en la obra del reino de Dios.

LA PUREZA DE NUESTROS MOTIVOS

Cuán frecuentemente, cuando he tenido que ir a algunas iglesias, algunos pastores han venido (disculpándose debido a que, yo creo que se dan cuenta que su cobardía fue manifiesta con lo que dijeron) y dicen, ‘Bien, hermano, estoy muy contento de que usted se encuentre aquí en esta semana. Hay un par de situaciones las cuales, yo confío en que el Señor le dará libertad para mencionarlas en su predicación. Tenemos algunos jóvenes que se sientan en la hilera del fondo y bromean mucho, y yo nunca les he dicho nada. Quizás usted podría hacerlo. También hay otra situación...’ Y así siguen, y siguen, expresando asuntos con los cuales ellos saben que deberían tratar, pero que han tenido mucho miedo de abordarlos. Oh, hermanos, ¡Cuánto necesitamos la pureza en nuestros motivos, si queremos experimentar poder en el púlpito!

Déjeme sugerirle tres áreas que involucran una motivación apropiada: Primero y primordialmente, el temor de Dios. La mejor definición del temor de Dios que yo conozco, se encuentra en el Comentario de John Brown a la Primera Carta de Pedro, donde él usa dieciocho páginas para exponer la pequeña frase “temor de Dios”. La esencia de su comentario en esta sección es que, el temor de Dios es una actitud

y disposición en la cual uno considera como su meta más importante y su más grande deleite, la sonrisa de Dios; y el fruncimiento de Su ceño, como la cosa más grande que debe ser temida y evitada. Una persona que anda en el temor de Dios entre los hombres, anda como el siervo de los hombres, pero con sus ojos puestos en la sonrisa o el fruncimiento de Dios; es el hombre cuyos motivos son tales, que su lengua se soltará para hablar las cosas de Dios. Dios dijo a Jeremías: “No temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos... Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte”. (Jer.1:17, 19). Jeremías había dicho previamente al Señor, acerca de su llamamiento al oficio profético, “¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño”. A lo cual Dios contestó: “No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande” (Jer.1:6-7). En esencia, Dios estaba diciendo que su llamamiento al oficio profético no era un asunto de su experiencia o de su edad, sino que Dios le había llamado como una vasija que fuera donde El le enviara, y que dijera lo que El le mandara. En 1Tes.2:4 el apóstol Pablo declara: “Sino según fuimos aprobados de Dios para que se nos encargase el evangelio, así hablamos; no como los que agradan a los hombres, sino a Dios, el cual prueba nuestros corazones”.

Uno de los elementos de poder en la predicación, es predicar como uno que ha sido liberado. Pero, ¿Liberado de qué? De la trampa de los efectos del temor de los hombres. Usted nunca será libre para ser un instrumento de bendición para su gente, a menos que sea libre de los efectos de sus sonrisas y sus fruncimientos de ceño. La gente sabe cuando usted puede ser comprado por sus sonrisas o derrotado por sus muecas de desaprobación. No les tomará mucho tiempo saber, si usted es o no una persona que es afectada por sus sonrisas o sus muecas de desaprobación. Tal hombre, es un hombre libre en Cristo. La Palabra de Dios declara: “El temor de los hombres pondrá lazo” (Prov.29:25). Tal temor impedirá su lengua, y así, cuando esos flashes de luz espiritual vengan a usted en el púlpito, y haya aplicaciones las cuales usted sabe que agujonearán y herirán a algunos miembros de la congregación. Si usted tiene los ojos puestos en el hombre, usted será incapaz de declarar lo que usted sabe que debería decirles. Pero, cuando es libre de las sonrisas o desaprobación de ellos, usted estará en libertad para ser un instrumento de bendición para ellos. Yo afirmo que, si alguien desea incrementar su poder en el púlpito, entonces debe retornar a la pureza de motivos, comprendidos en el temor de Dios.

El segundo motivo de pureza, se referirá al amor por la verdad. Somos llamados a declarar todo el consejo de Dios (Vea Hechos 20:27). Pablo declara que como él había hecho esto, estaba limpio de la sangre de todos los hombres. El declaró esto a la luz de la totalidad de la revelación divina. Hay una sola razón por la cual predicamos que los hombres están perdidos, hundidos en sus pecados y bajo la condenación de Dios; y esta es porque Dios dice que es así, y solo por amor a su verdad es que proclamamos esto. Si es una verdad agradable o desagradable, nuestro amor de la verdad debe ser tal, que queremos que el mundo entero conozca todo lo que Dios ha revelado. La tercer área respecto a la pureza de nuestros motivos, es el amor al hombre. Estoy convencido, hermanos, de que esto es lo que nos conducirá a la predicación “aplicatoria” (es decir una predicación llena de aplicación práctica) . Debemos tener tal amor por los hombres, que no podamos soportar verles durmiendo bajo nuestro ministerio. Debemos tener un amor tal por los hombres, que nos conduzca a un gran sentido de responsabilidad, para hacer todo lo que esté a nuestro alcance, para hacer que la verdad de Dios more en sus corazones.

Robert M. McCheyne dijo: “El hombre que más te ama, es el hombre que te dice más de la verdad acerca de ti mismo”. En II Corintios 7, Pablo dice: “Porque aunque os contriste con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamente; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento” (2Cor.7:8-9). En otro lugar también dice: “¿Me he hecho vuestro enemigo por deciros la verdad?” (Gál.4:16). El estaba diciendo: ‘Lo siento, pero voy a seguir amándoles de cualquier manera, y voy a continuar diciéndoles la verdad, aunque ustedes no me amen’. Es decir, cualquier cosa que nos impida ser fieles a los hombres, en realidad es una forma de amor egoísta. Amamos tanto nuestros propios sentimientos, que no estamos

tomando voluntariamente el riesgo de quizás ofenderles y que ellos lo tomen a mal contra nosotros. Oh, ellos pueden perecer en el infierno, pero, ¿Todo está bien, tan solo porque ellos perecerán amándonos? He oído decir a la gente de ciertos ministros, “Verdaderamente, este hombre predicó de una manera muy audaz”. Hermanos, esto debería ser dicho de cada uno de nosotros, porque nuestro amor por los hombres debe ser tal, que de buena voluntad comuniquemos la verdad. Verdad que ellos pudieran no reconocer y disfrutar, pero la cual es para su bien y para su salvación. ¿Qué es lo que pasa con la predicación hoy en día? Bien, ciertamente, parte del problema descansa en el hombre que predica; en el área de sus hábitos devocionales personales, en el área de su piedad práctica y en el área de la pureza de sus motivos.

EL MENSAJE

Vamos a considerar ahora, lo que está mal en la predicación de hoy en día, con respecto al MENSAJE que está siendo predicado. Es perfectamente posible para un hombre estar marcado con un eminente grado de devoción personal y piedad práctica, y aún así, lamentablemente carecer de poder en el ministerio de la predicación. Por supuesto, parte de este problema puede ser debido al hecho de que, algunos hombres nunca fueron dotados por el gran jefe de la Iglesia, con los dones necesarios para el ministerio de la enseñanza y la predicación. En tales casos, la única respuesta para este problema es que tales hombres deben reconocer que no están en el lugar adecuado para el cual Dios les ha dotado a ellos. Sin ningún sentido de vergüenza, ellos deberían dejar la actividad de la enseñanza y el ministerio de la predicación y buscar un trabajo secular en el mundo, o en alguna otra cosa en la obra de la Iglesia de Cristo, en donde no se demande alguna medida del don de Dios par la comunicación oral. Sin embargo, estoy dirigiendo mis comentarios a los hombres que tienen fundamentos razonables para concluir que ellos han recibido los dones necesarios para permanecer como predicadores de la Palabra de Dios. En consideración a esta clase de hombres, hablaré de varias áreas en las cuales la predicación contemporánea es manifiestamente defectuosa.

CONTENIDO BIBLICO

Primero que todo hemos de decir que mucha de la predicación en la actualidad, aún en los buenos círculos reformados, carece de contenido bíblico substancial. Una de las cosas únicas acerca de los grandes predicadores del pasado, lo que hizo que sus sermones escritos vivieran cientos de años después de que fueron escritos, es que sus sermones se distinguían por su gran fuerza y contenido bíblico. ¿Qué es lo que daba a los sermones de estos grandes embajadores su fuerza espiritual? Era precisamente esto, su fuerte contenido bíblico. Sus sermones estaban llenos de contenido bíblico sólido, de tal manera que uno siente que se levanta entre él y el predicador, una pared de verdad divina; así que, el asunto no es entre el oyente y el predicador, sino entre el oyente y La Palabra de Dios que está siendo comunicada a él, por el predicador. Esta es la manera en que los hombres deberían de sentirse cuando nos escuchan predicar. Por supuesto, y aquí debemos fijarnos nuevamente en la relación existente entre el hombre y su mensaje, mucho del problema de la predicación actual con respecto a su falta de contenido bíblico; se debe al hecho de que muchos ministros están muy ocupados en echar a andar la “maquinaria de sus iglesias”, como para tener tiempo de empapar sus mentes y sus espíritus en la verdad de las Santas Escrituras. Es solamente cuando la mente de los predicadores está saturada con las Santas Escrituras, que El Espíritu Santo traerá a ellos (en el contexto de la predicación) la verdad de Dios, y hará capaces a los siervos de Dios, para que puedan blandir la espada del Espíritu con poder y con autoridad. Y entonces, aún las ilustraciones y referencias, serán en gran medida bosquejos de las palabras y principios de la Sagrada Escritura.

CONTENIDO DOCTRINAL

Segundo, mucha de la predicación contemporánea es defectuosa porque carece de un sólido contenido doctrinal. Hemos sufrido de una mentalidad que ha considerado la doctrina y la teología como si fuera un duende medieval. El hecho central del asunto es que la verdad es hermosa en su unidad y simetría. La predicación doctrinal es la predicación que siempre está delimitada por el marco de todo el consejo de Dios. Esta predicación rechaza el mensaje desequilibrado y desbalanceado, y busca presentar cada faceta individual de la verdad, en el contexto de todo el consejo de la verdad divina. Estos dos primeros factores deben fusionarse en una medida creciente, en la vida de todos los verdaderos siervos de Cristo. La predicación doctrinal que no está exegéticamente fundada y textualmente orientada, conducirá a una ortodoxia filosófica. Por otra parte, tratar con los textos y la exégesis de ellos, sin relacionarlos con la verdad, conducirá a un concepto fragmentado y desconectado de la verdad divina.

APLICACION PRACTICA

La tercera área en donde la predicación contemporánea está marcada por una clara debilidad, es en el aspecto de la aplicación práctica de la enseñanza. En muchos ministerios puede haber un sólido contenido bíblico y una gran medida de contenido doctrinal, pero muy poca aplicación práctica, en la cual los hombres puedan ver las implicaciones del contenido y la doctrina; (y de este modo ellos puedan conocer la forma de adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador, en todas las cosas). De acuerdo a este principio general, me gustaría tocar tres áreas en las cuales los círculos reformados son débiles. Lo que voy a decir ahora, se aplica a todos nosotros quienes abrazamos, sin ninguna vergüenza, aquel sistema de doctrinas señalado en los grandes credos provenientes de las Reformas.

En primer lugar, nuestra predicación es débil debido a que falla en anunciar abiertamente la necesidad y la naturaleza del arrepentimiento evangélico. En nuestra reacción contra “la salvación por obras” y en nuestra reacción contra “el activismo arminiano”, creo que algunos de nosotros hemos caído en la trampa filosófica de pensar; “¿Cómo puedo predicar la responsabilidad humana de arrepentirse, si yo sé que el hombre no tiene la habilidad para hacerlo?” Aparentemente, este problema no preocupó al apóstol Pablo. Nadie habló más claramente que él, acerca de la total incapacidad humana para realizar cualquier bien espiritual, sin la intervención previa de la obra soberana de Dios en su vida. Aún más, él habló claramente acerca de la responsabilidad humana de arrepentirse. Cuando él pasó revista a su ministerio entre los ancianos de Efeso, dijo: “Y como nada que fuese útil ha rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hech.20:20-21). En Hechos 26:20 también dijo a los que estaban en Damasco, en toda Judea y a los gentiles; “que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”.

Yo he tenido la amarga experiencia de predicar en iglesias que tienen la doctrina del arrepentimiento en su credo oficial, en sus confesiones y en sus catecismos; pero evidentemente, no era una doctrina predicada y creída por la base de los miembros de estas iglesias. A menudo, al concluir una serie de sermones acerca del arrepentimiento, mucha gente ha venido a mí expresando un gran asombro, y diciéndome que ellos nunca habían oído acerca de estas cosas, a pesar de haber estado por varios años, dentro de una buena y sólida iglesia Reformada. Ahora, no estoy diciendo que ellos no hayan escuchado la palabra “arrepentimiento”. Ellos la han escuchado, pero debido a que no les fue anunciado claramente el deber, la naturaleza y los frutos del arrepentimiento, ellos no fueron convencidos lo suficiente de su propio pecado y su necesidad de arrepentirse. Todas las personas que nos escuchen predicar por algún tiempo y lleguen a estar bajo nuestro ministerio, deberían llegar a la conclusión de que, a menos que se arrepientan y produzcan los frutos del arrepentimiento, ellos perecerán; aunque tengan sus mentes llenas de objetivos y ortodoxia cristiana.

Una de las marcas más claras de los ministerios de los hombres a quienes Dios ha usado en los tiempos pasados, es que todos ellos sin excepción, anunciaron enfáticamente la necesidad, la naturaleza y los frutos del arrepentimiento cristiano. Una segunda área donde el contenido de nuestra predicación es débil en su aplicación específica, es en la cuestión de presentar a un Cristo completo, que involucra al hombre completo. Es de ser temido que en nuestros días, hemos regresado al concepto romanista de la fe. Nunca debemos olvidar que una de las grandes cuestiones que los Reformadores enfocaron fue que la fe era más que un simple “asentimiento” y más que una mera inclinación de la cabeza, al conjunto de verdades presentadas por la iglesia como “la fe”. Los Reformadores enfatizaron el concepto bíblico de la fe como “fiducia”. Ellos dejaron claro que la salvación por la fe involucraba confianza y compromiso; una confianza y compromiso que implicaban al hombre completo (mente, emociones y voluntad) con la verdad creída y con el Cristo que esta verdad enfocaba. Ha llegado el tiempo cuando es necesario que nosotros enseñemos claramente estos conceptos, a fin de que la gente se de cuenta de que, un simple asentimiento o inclinación de cabeza a las doctrinas a las cuales han estado expuestos, no es la esencia de la fe salvadora. Ellos necesitan ser enseñados y comprender, que la fe salvadora involucra el compromiso del hombre completo (mente, emociones y voluntad); con un Cristo completo (es decir, como Profeta, Sacerdote y Rey), tal como El es anunciado enfáticamente en el Evangelio.

Nota del traductor: La fe salvadora implica al hombre como un todo. La persona debe venir a Cristo (confiar) como su Sumo Sacerdote, como su único Mediador; debe recibirle (conocimiento) como su Maestro y Profeta, como la fuente de todo conocimiento y verdad; y debe someterse (sumisión) a El como el Rey de su vida. Estos tres aspectos de la fe salvadora (conocimiento, confianza y sumisión), se encuentran relacionados con los tres oficios de Cristo (Sacerdote, Profeta y Rey), en el pasaje de Mat.11:28-30. Note las frases: “Venid a mí” que se refiere a su oficio sacerdotal, “aprended de mí” que se refiere a su oficio profético y “llevad mi yugo” con relación a su oficio real. Obviamente, estos tres aspectos involucran al hombre completo; su mente, sus afectos y su voluntad, a través de los cuales conoce, confía y se somete a Cristo como su Salvador (Profeta, Sacerdote y Rey).

Si nosotros predicamos de esta manera, en poco tiempo, ya no escucharemos hablar de tal cosa como; “creer” sin “someterse” o “aceptar al Señor” sin “rendirse a El”. Nuestros círculos evangélicos están llenos de intentos no bíblicos que dividen a Cristo presentándolo solo como Salvador y no como Señor. Mucho de esta herejía engañosa, basada en este concepto de presentar a un Cristo dividido, podría ser eliminada por una predicación que presentara claramente a un Cristo completo, que involucre al hombre completo.

Nota del traductor: El autor se refiere a la herejía espantosa que ha invadido muchos púlpitos evangélicos, donde se predica a un Cristo dividido en Señor y Salvador. Es decir, se predica de tal manera el evangelio, que los oyentes se imaginan que pueden venir a Cristo para salvarse, aunque permanezcan como rebeldes a su gobierno y señorío. Como dice el autor, no predicán un Cristo completo que involucre al hombre completo. Esta desviación ha conducido a que, cientos de iglesias evangélicas se llenen de personas que “han venido a Cristo como Salvador”, pero que no están dispuestas a someterse a El como Señor (una dicotomía que no se observa en la fe bíblica); y por lo tanto, continúan viviendo en abierta rebeldía a las más elementales normas bíblicas. Tienen una fe que supuestamente les alcanza para salvarse del infierno, pero que es insuficiente para obedecer y amar a Cristo. Las enseñanzas de Cristo nos indican que una fe que no ama, que no guarda los mandamientos y que no produce obras, es una fe falsa. (Vea 1Cor.13:2; 1Jn.2:3; Stg.2:20)

Hay una tercera área de debilidad en el contenido de nuestra predicación. Esta es un área muy sensitiva, y en la cual somos desgraciadamente muy débiles en los círculos Reformados contemporáneos

(Nota: se puede decir lo mismo acerca de los Evangélicos en general, Bautistas, Metodistas, Pentecosteses, etc) . El área a la cual me refiero es a la necesidad de enfatizar los rasgos distintivos de los verdaderos creyentes. Implícito en esto, está la necesidad de afirmar claramente la diferencia entre el fundamento de la salvación y la seguridad de la salvación, la diferencia entre llegar a ser salvo y tener la certeza de nuestra salvación. En mi experiencia en el movimiento de los círculos Reformados me he encontrado con que, en el momento que algunas personas comienzan a realizar un autoexamen escritural, cuando comienzan a obedecer 2Cor.13:5, tales personas llegan a ver este ejercicio espiritual, casi como si fuera la blasfemia contra el Espíritu Santo. Es decir, las personas ven el dudar de su propia salvación (es decir, de si son realmente personas convertidas o no) como la cosa más terrible en el mundo. Fallamos en darnos cuenta de que, las dudas producidas por un honesto autoexamen, efectuado a la luz del estándar objetivo de la Palabra de Dios, pudiera ser la mejor cosa que jamás le haya ocurrido a alguna persona. Frecuentemente he dicho que las dudas no condenan a los hombres, pero la presunción pecaminosa (una falsa seguridad de salvación) si lo hará. A pesar de que las Escrituras dicen una y otra vez, “Mirad que nadie os engañe”, “nadie se engañe a sí mismo”, “No os engañéis” (Vea Mar.13:5; 1Cor.3:18; Gál.6:7), nos atrevemos a suponer o conducimos a otros a suponer que todo está bien. ¿Para qué son estas exhortaciones? Si el auto-engañó no es una posibilidad real, entonces ¿Porqué la Biblia está llena de exhortaciones acerca de este peligro de auto-engañarse? Todas estas advertencias carecerían de significado, si el autoengaño fuera solo una posibilidad hipotética. Sin embargo, si la gente podía estar dentro del círculo de la iglesia y ser engañada aún bajo el ministerio de los apóstoles; y si entonces ellos consideraron necesario decir: “Hermanos, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección” (2Pe.1:10); mucho más nosotros necesitamos enfrentarnos al hecho de que, pudiera haber algunas personas engañadas que han entrado o están entrando a la iglesia, bajo nuestro anémico ministerio. Cuando una convicción como ésta nos constriña, entonces debemos clamar y orar por tales personas, exhortándoles para que hagan firme su llamamiento y elección, y para que se examinen y prueben ellos mismos, para que sepan si están en la fe.

Continuando con esta preocupación, nosotros debemos señalarles antes, la diferencia Escritural entre un verdadero creyente y uno falso, tal como se encuentra en la parábola del sembrador. He encontrado que tal tipo de predicación nunca daña a los verdaderos hijos de Dios. Una predicación aplicatoria penetrante en esta área, servirá para traer a los verdaderos hijos de Dios, a una certeza de salvación más sólida. Lo único que queda dañado por un escrutinio tan cercano, es la hipocresía, la falsedad y el fingimiento. Suponga que tuve que ir a mi banco a depositar dos billetes de veinte dólares. Si el cajero tomara los billetes y me dijera, “un momento Sr. Martin, creo que pudiera haber algo falso aquí”. Si los billetes son genuinos, no les pasaría nada por el hecho de que el cajero del banco los escudriñara cuidadosamente, de hecho, ellos ganarían algo. Si el cajero los tomara y los pusiera bajo una lupa para examinar su genuinidad, y resultaren genuinos; yo me sentiré más seguro de su autenticidad, que cuando fueron escudriñados y resultaron ilesos. Entonces, la única cosa que queda con pérdida es la hipocresía y la falsificación. Este principio es igualmente cierto respecto a la predicación aplicatoria penetrante, que enfatiza las marcas distintivas de los creyentes verdaderos. El único que puede perder algo bajo una predicación escritural y balanceada de estas cosas, es el creyente falso. Y tal persona debería turbarse y preocuparse ahora, mientras que el día de salvación aún está entre nosotros. Si nos equivocamos haciendo distinciones no escriturales y ponemos dificultades innecesarias en el camino de los piadosos, el Señor puede abrir nuestros ojos, sacarnos del error y traernos de vuelta al camino correcto. Sin embargo, ésta no es la práctica peligrosa de nuestros días.

En lugar de esto, nosotros estamos durmiendo a las personas dándoles un falso sentido de seguridad, al fallar en poner delante de ellos, en una manera experimental, las evidencias de la fe verdadera en oposición a la fe de los demonios (Vea Stg.2:19). Hermanos, la Biblia nos da muchas afirmaciones explícitas, las cuales podemos poner delante de nuestros oyentes. Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Jn.10:27). Nosotros no debemos temer decir a nuestra gente, que si ellos no le oyen y le

siguen, ellos no tienen derecho a decir que son sus ovejas. Atrevámonos a decirles que: A pesar de que ellos puedan conocer todo acerca de El, y pensar que el Señor los tiene como Sus ovejas y que están en Su corazón desde la eternidad en el pacto de redención; a pesar de que ellos puedan conocer todo lo relacionado a su muerte, y de cómo El murió por sus ovejas con un designio e intención particular en su muerte; y aunque conozcan la manera como el Espíritu Santo hace el llamado eficaz, ellos pueden equivocarse al concluir que son ovejas. El punto que debemos enfatizar aquí es: ¿Están escuchando su voz? ¿Le están siguiendo? Nosotros no debemos de retroceder acerca de enfatizar tales asuntos. Nosotros debemos enfatizar en estos puntos, tal como se señala en la Primera Epístola de Juan, donde el apóstol declara: “Estas cosas he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna...” (1Jn.5:13). ¿Cuáles cosas puso Juan delante de ellos? ¿Les dio acaso una serie de textos sobre los cuales ellos pudieran poner sus manos para asegurarse? No, más que eso. Les dio una serie de versículos que pudieran usar como test de prueba, mediante los cuales ellos examinaran sus propias vidas. El dijo: “Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos” (1Jn.2:3). El dice otra vez: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1Jn.3:14). La consciencia de nuestros oyentes necesita ser herida a fin de que ellos puedan hacerse esta pregunta: A la luz de las normas objetivas de la Palabra de Dios, ¿Estoy verdaderamente en la fe? ¿Qué es lo que está mal con la predicación de hoy en día? Estoy convencido de que en estas áreas del contenido de nuestra predicación, hay una gran necesidad de regresar a las verdades bíblicas mencionadas anteriormente, y predicar sobre ellas con un fervor renovado.

LA MANERA DE PRESENTAR EL MENSAJE

Habiendo hablado acerca del contenido de nuestro mensaje, quiero hacer algunas aplicaciones breves respecto a la manera de presentar el mensaje. Las tres cosas que deberían caracterizar la comunicación de la verdad divina son: La urgencia, la forma en que ordenamos el mensaje, y la manera directa en que lo comunicamos. La urgencia genuina es la madre de la elocuencia verdadera. Un hombre que quiere despertar a unas personas dormidas debido a que se encuentran en un peligro inminente porque el edificio está incendiado, tendrá poco éxito, si simplemente camina por los pasillos pronunciando correctamente algunas palabras con relación al peligro en que se encuentran.

Por otra parte, si este hombre está convencido de que aquellas vidas se encuentran verdaderamente en peligro, y de que su liberación depende de su capacidad de despertarles para que tomen medidas inmediatas. Entonces, tal hombre no fallará en despertar a las personas de su sueño y motivarles a tomar las medidas necesarias. La urgencia de tal hombre no nace primordialmente de su capacidad de hablar elocuentemente, sino mas bien, nace del seno de una preocupación urgente y genuina. La urgencia en algunos debido a su personalidad, temperamento o porque están usando un micrófono, puede expresarse por el volumen de su voz. En otros, pudiera ser expresado en otras formas en las cuales la urgencia encuentra su propio tono. La urgencia nos motivará a esforzarnos para obtener y mantener un contacto directo con la audiencia, mientras que predicamos. Si hemos subido al púlpito no simplemente para entregar un discurso, sino para comunicar la verdad urgente a hombres y mujeres necesitados, entonces, no estaremos contentos a menos que hayamos conseguido su atención. Spurgeon confesó que cuando veía a un niño que no le estaba escuchando, le inquietaba tanto, que contaría una anécdota especial para atraer su atención antes de continuar con su sermón. Spurgeon sería el primero en confesar que solamente Dios puede causar que la verdad llegue a los corazones de los hombres con poder salvador. Sin embargo, él sabía que su trabajo como predicador consistía de lograr que esa verdad llegara a sus oídos, y a menos que esto se consiguiera, estaría fallando en su deber. Hermanos, es su trabajo o su tarea llegar a los oídos de los hombres. Solamente Dios puede poner esa verdad en sus corazones, pero usted debe hacer todo lo posible para conquistar sus oídos. La urgencia producida por el Espíritu Santo nos impulsará a trabajar en el arte de cultivar la capacidad de comunicarnos

con los hombres en un lenguaje popular. Cuando usamos cierta palabra en el contexto de la predicación y de inmediato los oyentes nos miran confundidos, entonces deberíamos entender que no han comprendido el uso de esta palabra. Si somos sensibles ante este problema, entonces usaremos una palabra distinta (o daremos una explicación pertinente). Un autor dijo lo siguiente: ‘La vanidad hará que un hombre hable y escriba como un erudito; pero la piedad motivará a un buen erudito a simplificar su manera de hablar, por causa de los indoctos. Tal predicador, aunque sea ahora menospreciado por aquellos que no tienen discernimiento, algún día tendrá un nombre sobre todo nombre, no importa si sea filósofo, poeta, orador o aún predicador’.

Otro autor dijo que: ‘No es difícil que las cosas fáciles parezcan difíciles, pero, hacer que las cosas difíciles sean fáciles de entender, es la parte más difícil para un buen orador o predicador’. Oh mis hermanos en el ministerio, clamemos a Dios por la gracia de la humildad y la urgencia del Espíritu Santo que nos lleve a modificar nuestro vocabulario al nivel de nuestros oyentes. También, este asunto de la urgencia nos motivará a trabajar en hacer una buena aplicación práctica en la predicación. Quizás la parte más difícil del ministerio de la predicación constante, es la parte de la aplicación práctica. Pero, tal como un buen médico que se preocupa por la salud de sus pacientes, no se contentará hasta que conozca las enfermedades específicas de su pueblo y les aplique los tratamientos específicos; así también, el verdadero siervo de Dios hará lo mismo. El verdadero siervo irá más allá de las necesidades generales del pueblo y se esforzará para conocer las enfermedades espirituales específicas y entonces aplicará los remedios específicos, que se encuentran en la plenitud de nuestro Señor Jesucristo. El siguiente punto es que nuestros sermones deberían estar caracterizados por un plan y orden lógico. Al predicar la verdad de Dios a los hombres, nunca debemos olvidarnos de que son hombres cuyas mentes están diseñadas para recibir pensamientos en una forma lógica y ordenada. La mente no puede recibir la verdad cuando le es presentada en una forma desordenada y confusa. Debemos tratar de lograr que nuestros oyentes vuelvan a sus casas con algunas estacas bien clavadas en sus mentes, y con algunos aspectos de la verdad de Dios atados a estas estacas. Finalmente, consideremos la necesidad de entregar el mensaje predicado en una manera directa.

Hay una sección excelente sobre la predicación del evangelio en el libro “The Christian Ministry” por Charles Bridges. En esta sección él comenta sobre la necesidad de hablar en forma directa diciendo: ‘Debemos mostrarles desde el principio hasta el fin, que no estamos simplemente diciendo cosas buenas en su presencia, sino que, estamos dirigiéndonos a ellos personalmente, con asuntos que son de importancia primordial’. Cuando leemos los sermones de los grandes predicadores del pasado, somos impresionados con su denuedo santo. El lector se siente como si estos sermones de los viejos maestros le estuvieran arrinconando y como que tiene que hacer algo respecto a la verdad con la que está siendo confrontado. Joseph Alleine en su libro “Un Alarma a los Inconversos” sirve como una ilustración clásica de este principio. Una y otra vez pone al pecador contra la pared, confrontándolo con preguntas directas que le obligan a reflexionar sobre su camino y su condición ante Dios. J. Alleine le preguntará: ‘¿Esta usted en paz? ¿Cuál es la base de su paz? ¿Es una paz bíblica? ¿Puede usted manifestar los rasgos distintivos de un creyente verdadero? ¿Tiene usted más evidencia de salvación de la que tienen los hipócritas? Si no, usted debería temer esta paz más que a cualquier otra cosa y entender que una paz carnal, frecuentemente resultará ser un enemigo mortal del alma. Mientras que esta paz falsa nos besa y nos sonríe, al mismo tiempo nos hiere mortalmente. Ahora, que la consciencia haga su obra y hable’. Este es un ejemplo de como Alleine aplica la verdad en una forma directa a sus lectores. Con tantos ejemplos como éstos de los cuales podemos aprender, que Dios nos libre de simplemente decir buenas cosas en la presencia de la congregación, y nos ayude a predicar de tal modo que los oyentes se den cuenta de que estamos hablándoles de asuntos eternos, en una forma personal. ¿Qué es lo que está mal con la predicación de hoy? Estoy seguro de que muchas de las fallas son manifiestas en mi propia vida y en mi ministerio, de igual manera como en la de otros. Pero, sugiero que podemos considerar el problema de la predicación de hoy en día, como un problema centrado en el hombre, es decir, en el predicador. (En su devoción personal, en su piedad práctica y en la pureza de su motivación). ¿Qué es lo que

está mal con la predicación de hoy? Una parte del problema radica en el mensaje, es decir en el contenido de lo que es predicado y también en la manera en que es comunicado. Entonces, si algunas de estas cosas tienen aplicación legítima a nosotros, ojalá que Dios nos ayude a recibir la palabra de exhortación, y por su gracia, a esforzarnos para ser más eficaces comunicadores de la verdad de la Palabra de Dios, a nuestra necesitada generación.